

Las distintas caras del viento

Dicen que el viento cambia de rostro según a quién acaricie.

En casa de Alma, soplaba tenso, cargado de puertas que se cerraban demasiado fuerte y palabras que flotaban como cuchillos invisibles. Nadie las veía, pero dejaban marcas.

En el patio del colegio, el viento era una risa que cortaba. Pasaba rápido entre los grupos, levantando papeles, empujando a los más pequeños. Algunos lo llamaban “broma”, pero el aire dolía igual.

En la pantalla del teléfono, el viento se volvía frío. Traía mensajes que pesaban como piedras.

“Solo palabras”, decían.

Pero las palabras, cuando se repiten, terminan por hacer eco dentro.

Un día, Alma decidió abrir la ventana. Dejó que entrara otro tipo de viento: uno que olía a conversación, a abrazo, a escucha.

Comenzó a hablar. Primero bajito, después más firme. Pronto otros hicieron lo mismo.

El aire del barrio empezó a cambiar.

Los saludos sustituyeron los silencios, las manos se tendieron donde antes se alzaban, y los muros se llenaron de dibujos y frases pequeñas: *“Aquí no sopla el miedo.”*

Porque el viento, cuando se comparte, deja de ser tormenta.

Y quizá, solo quizá, **prevenir** sea eso: aprender a respirar juntos antes de que llegue el huracán.